

Piedad Bonnet

Hablar de “oficio” para referirse a la tarea del escritor ya tiene implicaciones. La expresión puede usarse en dos sentidos: en el mismo del término coloquial “tener oficio”, que significa conocer el instrumento de trabajo -en este caso el lenguaje- tener destreza, experiencia, una larga relación con la escritura; o como un supuesto: el de que escribir literatura es un oficio como cualquier otro, al que una persona dedica buena parte de su vida y del que probablemente vive. Las dos maneras de interpretar la expresión son legítimas y tienen cierto pie en la realidad, pero tal vez merecen ser analizadas a la luz de una pregunta necesaria, que apunta más hondo: ¿por qué escribe un escritor? O, yendo más a la raíz, ¿qué es lo que hace que un ser humano decida en algún punto de su existencia dedicar gran parte de su energía, concentración y talento a consignar sus ideas y sentimientos en palabras?

Dicen los terapeutas que la escritura es transposición, sublimación, recuperación, y otros términos por el estilo, y los escritores brindan testimonios innumerables sobre el poder curador de la escritura o su función compensatoria. “La fuerza tonificante o curativa de la narrativa sincera es incalculable”, escribió Cheever, en página sin fecha encontrada por Olivia Laing en la Colección Berg de la Biblioteca Pública de Nueva York, y citada en su magnífico libro “El viaje a Echo Spring¹ *Por qué beben los escritores*”. Allí Cheever añade:

De pequeños nos cuentan historias para ayudarnos a superar el abismo que hay entre despertar y dormir. Contamos historias a nuestros hijos por la misma razón. Cuando me veo en peligro, - atrapado en un teleférico atascado en una ventisca- inmediatamente empiezo a contarme historias. Me cuento historias cuando sufro y espero que mientras me esté muriendo me contará una historia en un intento de crear algún vínculo entre la vida y la defunción.

Es verdad que a la hora de preguntarnos por los móviles internos, muchas veces inconscientes, del escritor, no podemos obviar que existen elementos psicológicos o experiencias biográficas que son detonantes de su escritura. Para los efectos de este texto prefiero, sin embargo, dejar de lado este tipo de causalidades, que nos llevan a experiencias muy particulares, y partir de un hecho: que siempre han existido seres humanos para los cuales escribir es una necesidad perentoria, inaplazable. Una necesidad que, por lo demás, sólo siente una parte ínfima de la humanidad. Wislawa Szymborska, con esa fina ironía suya, lo sintetizó así en estos versos:

Mi hermana no escribe versos

y dudo que empiece de repente a escribir versos.

Lo sacó de mi madre, que no escribía versos,

y de mi padre, que tampoco escribía versos.

Bajo el techo de mi hermana me siento segura:

el marido de mi hermana por nada escribiría

versos.

Lo que siente el escritor – que todavía puede no serlo- es un llamado a *nombrar*, que suele expresarse en su interior como una dualidad deseo-necesidad que, si es suficientemente poderosa, se convierte en mandato. Lo sabe todo el que se dedica a escribir: una vez aparece en su cabeza el germen de un poema, de una novela, de un ensayo, y vislumbra la promesa literaria que este germen encierra, ya no puede liberarse de su poder de seducción, de la compulsión que, tarde o temprano, se convierte en yugo. Lo dijo Truman Capote: “...un día comencé a escribir, sin saber que me había encadenado de por vida a un noble pero implacable amo. Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse”.

Es como si, además, el escritor sintiera que la realidad misma está incompleta si no está representada en palabras; o mejor aún: como si estuviera convencido de que al mundo le hace falta su mirada sobre el tema que le interesa. ¡Qué pretensión vana! Porque si algo está claro es que las obras de arte no nacen de una demanda social evidente, como la que se hace al médico, al arquitecto, al ingeniero, sino de una auto imposición que nos obliga a desempeñar un oficio, en todo caso, prescindible. Por eso no deja de ser desconcertante que siempre haya habido, en todos los momentos de la historia, individuos que dediquen su vida a añadir al mundo obras de arte y piezas musicales o literarias sin cuya existencia no pasaría nada. Visto *a priori*, claro está, pues *a posteriori* muchas de esas obras son consideradas definitivas para la humanidad.

He usado la palabra *llamado*, que tiene una connotación religiosa o mística y que es, según el diccionario, sinónimo de la palabra *vocación*, porque esta palabra permite concebir la escritura no sólo como un oficio, sino como lo que puede llegar a ser: una opción de vida. El matiz es leve, pero importante. Oficio puede hacernos pensar en una tarea

apasionada pero también mecánica; algo que se aprende y a cuyas leyes se ciñe el ejecutante si quiere un resultado excelente. La opción de vida me parece, en cambio, algo más cercano a búsqueda, placer y compromiso. En cualquier caso, la literatura como opción de vida incluye necesariamente la noción de oficio, pues esta implica trabajo, persistencia, conocimiento, disciplina, cualidades todas sin las cuales la obra de arte no puede existir. Pero que no bastan, pues se requiere también imaginación, originalidad y capacidad de riesgo y transgresión. Porque la buena literatura siempre moviliza, o incomoda, o pone en duda. O todas esas cosas juntas.

La literatura, que es amoral por esencia, es, sin embargo, un oficio que exige también del escritor cualidades morales como honestidad y valentía. Ambición pero también humildad. Y un enorme sentido autocrítico, que muchas veces, como dice Capote, lo lleva a autoflagelarse; y que – si se lleva al límite- puede ponerlo al borde de la autodestrucción o del silencio, que en literatura es muchas veces su sinónimo. Y entonces ha llegado, tal vez, la hora de preguntarnos cuál es la “excelencia” que un escritor busca.

A sabiendas de que en su cabeza puede tener unos “modelos” universales, una especie de idea platónica de lo que es “bueno” o deseable, creo que a lo que verdaderamente aspira un escritor es a algo muy simple: a que la idea que tiene en su cabeza coincida con su logro. Una tarea, por demás, casi imposible, afortunadamente, pues un creador se alimenta en buena parte de su insatisfacción perpetua, de la brecha imaginaria, grande o chica, que existirá siempre entre lo que sueña y lo que realiza. Algo que sabía muy bien Beckett cuando habló de “fracasar cada vez mejor”.

Para terminar esta aproximación, necesariamente somera, me gustaría decir que una de las responsabilidades fundamentales de un escritor es la de estar a la altura de su tiempo. En palabras de Baudelaire, que sepa ser moderno, entendiendo por modernidad “lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente” de su época, que para el poeta y ensayista francés no es otra cosa que “la mitad del arte cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable”. Y que lo exprese en un lenguaje particular, único, que, aunque se nutra de la tradición, sepa separarse de ella.

Notas

- 1 Olivia Laing, *El viaje a Echo Spring* Por qué beben los escritores, Ático de los libros, Barcelona, 2016